

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ANTONIO R. GARCÍA-VAO

A las siete de la tarde del sábado salía este joven honrado, instruido y de talento, de dar una lección en un colegio de la Glorieta de Bilbao, y un asesino le asestó una puñalada por la espalda que le privó de la vida al poco tiempo.

Andando penosamente pudo llegar al portal de su casa, que está á los pocos pasos, y allí cayó desangrado, mientras el infame que lo mató desaparecía sin tropezar ni con un agente de Orden público.

No vamos á hablar aquí de las altas y relevantes prendas del difunto, pues hasta sus enemigos se las habrían reconocido, si hubiera podido tener alguno.

Tampoco elogiaremos su gran talento, demostrado en obras de elegante y castiza prosa, y en rotundos y vigorosos versos, justamente apreciados por todos.

Menos hablaremos del porvenir hermoso que á ese bravo combatiente de la razón le esperaba, porque esto era indiscutible para todos los que nos honrábamos con su trato.

No; no hablaremos de nada de esto, ni del inmenso dolor de sus padres y de su familia, porque iríamos á parar muy lejos, quizás á pedir la muerte para el asesino, olvidándonos por un instante de arraigadas convicciones; y terminaremos estos renglones, escritos bajo el peso de honda tristeza, excitando el celo de las autoridades judiciales para ver si descubren al criminal, y llamando la atención de las gubernativas sobre el abandono con que presta el servicio la policía, cuando son posibles hechos semejantes en sitios tan públicos, sin que sus autores sean presos inmediatamente.

Y no decimos nada de las indicaciones que hacen ciertos periódicos acerca de los móviles que pueden haber armado el brazo del asesino del ilustrado redactor de *Las Dominicales*, porque en estos asuntos procedemos siempre con calma y mesura inusitadas, acaso por saber de antemano que nadie nos ganará en pedir justicia y venganza (que suele ser en ocasiones la forma más perfecta de la justicia) el día que, descubierto el criminal, supiéramos á ciencia cierta que había tenido cómplices, ó inspiradores, y quienes habían sido éstos.

EL CURA CALAVERA

Doce años tenía el sobrino del cura, y ya era un bribón de siete suelas, por más que ante su tío aparentase toda la beatitud de un San Francisco. Ni con grillos ni cadenas le podía sujetar su madre, ama del cura, en cuanto éste salía á

predicar á los pueblos inmediatos. En tales días pescaba una sotana y un bonete viejos, se los plantificaba y, vestido de esta guisa, andaba por las calles del pueblo haciendo reír á las personas mayores y llorar á los chicos en las continuas peloterías que armaba.

Cuando el pater regresaba de su excursión evangélica, contábale la madre estas hazañas, y D. Ruperto, que tal era su nombre, reía las gracias del muchacho á mandíbula batiente, porque le quería como á un hijo, y se limitaba á decir:—¡Qué quieres, mujer! Más vale que tenga afición á cosas de iglesia, que á otras más malas.

Alentado por la impunidad, el angelito de Dios hacía cuanto le daba la gana. Cuando su tío se echaba á dormir la siesta, que, como buen exclaustro, era todos los días del año, le sacaba del bolsillo del chaleco las llaves de los cepillos de la iglesia, y con pretexto de ayudar al sacristán en la limpieza, se iba allá, y al menor descuido daba un tiento á los ahorrillos de algún Santo, corría luego á colocar nuevamente las llaves en el chaleco paternal, y después á gastarse los cuartos con sus colegas, entre los cuales me contaba yo.

Si es fumar, no digo nada. Loco se volvía el cura al ver los bajonazos que daba el bote del tabaco, mas nunca se le pasó por la imaginación que fuera su sobrino quien le ayudase á fumar de un modo tan activo. Hasta llegó á sospechar si su amable compañera se habría dado á tan asqueroso vicio, y un día se lo manifestó en esta forma:

—Oye, Pepa—le dijo.—Confíesamelo con franqueza. Después de todo, es una cosa fea, pero no un pecado.

—Maldito si te entiendo... digo, si le entiendo á usted una palabra.

—No me lo niegues, mujer. Sí, tú fumas. Te lo conozco en la cara.

—¿Sabe usted lo que le digo? Que si has estado á ver á las monjas y el refresco se le ha subido á usted á la cabeza, yo no tengo la culpa. Acuéstese usted, que ya te avisaré á la hora del Rosario.

Pasados algunos años, Luis ha crecido mucho en cuerpo y en picardías, pero no ha desechado su máscara de hipocresía. Tío y sobrino se hallan sentados en un banco de piedra, bajo el emparrado que adorna la puerta de la casa parroquial. Luis, con la mirada fija en el suelo, escucha al cura, que le dice con voz cariñosa:

—Ya tienes diez y seis años, sabes la Gramática latina como un papagayo, y traduces á Horacio que es un prodigio; es decir, te hallas en disposición de ser cura. Porque no hay que decir que tú quieres ser cura, ¿verdad?

—Sí, señor. ¡Ya lo creo!

—Pues lo serás, hijo mío, lo serás. Tienes

condiciones. ¡Vaya si las tienes! Tú eres dócil, humilde, bueno, y á la legua se te conoce la vocación. Pues bien, no hay más que hablar. Dentro de ocho días vendrá el ordinario y te irás con él á... Hoy escribiré á un canónigo amigo mío para que te recomiende en el Seminario, porque ¡sentiría tanto que te castigasen! He sido casi tu padre y no te he puesto la mano nunca encima... Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Castigarte á ti, el portento de la sabiduría, el colmo de las virtudes? ¡Estoy seguro, segurísimo, de que llegarás á ser canónigo, puede ser que obispo... quién sabe si Papa... con seguridad un Santo!...

En este momento Luis levantó la vista hacia el emparrado, del cual pendían los primeros agraños, y se sonrió como diciendo: ¡Están verdes!

Terminada su carrera, Luis cantó misa en el pueblo, con gran regocijo de su... tío y de su madre; marchóse después á la capital de la provincia y transcurrieron tres años sin que yo le volviese á ver.

Asuntos que no son del caso referir me hicieron ir á la capital para evacuar ciertas diligencias, y al entrar, la noche de mi llegada, en un café á eso de la una, no bien hube tomado asiento me sirvió un camarero en una bandeja una copa de coñac.

—Aún no he pedido nada—le dije con extrañeza.

A lo cual me replicó:—Es que le convida á usted aquel caballero.

Miré al punto que señalaba, y allí, entre una docena de individuos de uno y otro sexo, todos ellos de mala catadura, estaba Luis con ropa seglar y hasta sin alzacuello, coloradas las mejillas, brillantes y saltones los ojos, amoratados los labios, jadeante y balbuciente, echando pipos á una de las mujerzuelas que le rodeaban.

Después, alborotando todo el local, y como haciendo gala de deshonorar el estado á que pertenecía, empezó á dar voces diciendo:

—¡Ven acá tú! Desde que eres un hombre, ya tienes á menos el hablar con los curas.

—Te equivocas—le contesté acercándome á su mesa;—sabes que siempre he sido amigo tuyo.

—¿Amigo?—repuso.—¡Más que amigo! ¡Tú eres mi hermano! ¡Tú eres mi padre!

—¡Hombre!...

—Lo que oyes; si tú me mandarás rodar, me tirarás al suelo ahora mismo.

—Bueno; pues te mando seguirme.

Nunca tal hubiera dicho. Los individuos que le acompañaban, que por lo visto se divertían viéndole cómo perdía su dignidad, cómo se envilecía, cómo se encanallaba, se pusieron todos en pie, y casi á coro me aturdieron gritando:

—¡Déjele usted! ¡Con nosotros está bien! ¿Dónde irá él que más valga?

Pero yo, que apreciaba á Luis, no me pude contener, y á despecho de aquella gente, le cogí de un brazo y le saqué á la calle.

—¿Dónde vives?—le pregunté.

—Calle tal, número tantos—me respondió.

—Te acompañaré hasta dejarte en la cama.

—¡Acostarme! ¡Si á las seis tengo la misa!

—¿Te atreverás á celebrar después de haber pasado la noche como la has pasado?

—¿Que no celebro yo? ¡Vaya si celebro! ¿Si te creerás que no tengo en casa amoniacó?

Al otro día, después de regresar Luis de celebrar el santo sacrificio de la misa, le quise dar algún consejo para que se moderase en la escandalosa vida que llevaba, y me mandó á paseo, ó poco menos, añadiendo: Lo consultaré con Carranza.

—¿Y quién es ese Carranza?—le pregunté.

—Un presbítero de rompe y rasga, que, como yo, se ha echado el alma atrás, y que odia como yo la hipocresía del clero. Por cierto que ya debía estar aquí ese maldito. De fijo que anda de pelotera con la suya. Y lo peor es que no puedo subir á su casa, porque la prójima dice que yo le pervierto. ¡Cosas de esas! La mía también le culpa á él de mis malos pasos.

—¿De modo que tú también estás surtido de...?

—¿Surtido has dicho? Lo que tengo es indignación de faldas. La Paca una... la María dos... la Pepa tres... ¡la mar, chico, la mar! Si no fuera porque estoy dando el timo á una beata, casada por cierto, que se escurre de metales, y porque algunas veces tengo suerte y levanto unos cuantos pesos, andaría á la cuarta pregunta.

—¿También juegas?

—¡Qué inocente eres! ¡Pues de dónde iban á salir las excursiones nocturnas con cena, penitencias, café, copas, etc., etc.?

—Pero las autoridades eclesiásticas...

—Ya me han puesto en la tablilla de los condenados, pero como si me rascaran. Me presento á celebrar en cualquier iglesia, y si el párroco, ecónomo ó rector se resisten, me lio á trompazos con ellos. Como un cura medio decente rehuye el romperse el alma con otro, y yo estoy templado á cualquier hora para armar una bronca...

—¿Y adónde vas á parar por ese camino?

—¿Que adónde? Si la bebida no me vuelve loco, si tengo tanta resistencia que no muero físico, cuando me vea alicaído y sin poder con la bula, me reconcilio con los superiores, hago un par de años de penitencia en un convento, después me voy á un curato de aldea, y allí, donde nadie me conozca, pasaré por un varón ilustre, por un modelo de virtudes, por un sacerdote ejemplar.

¡Ya me estoy riendo de los sermones de moral que les voy á encajar á mis paletos! Mucha virtud, muy buenas costumbres, mucha rigidez, muchos ayunos, muchas abstinencias, y como forzosamente he de observar una vida morigerada (no porque yo haya abandonado el vicio, sino porque el vicio me habrá dejado á mí), engañaré á aquellas buenas gentes, y para ellas, ya que no para Dios, llegaré á cumplir la profecía de mi tío, y acaso, acaso, con el tiempo me pongan en el altar mayor de la iglesia.

—Amén.

JOAQUÍN G. LOSADA.

EN EL BLANCO

Dos cuervos del gremio de Ignacianos se fueron á Orense á predicar la palabra divina, y de paso á ver si pescaban unos cuartos.

Armaron su procesioncilla, y preparaban otros jolgorios, cuando una hoja volante, razonadamente escrita, nutrida de argumentos de inquebrantable lógica, y en estilo castizo y habilidoso, bastó para que los nietos de Loyola escapasen más que al trote, para mayor gloria de Dios y provecho de los vecinos de Orense.

La hoja, que honraría el nombre de su autor si con excesiva modestia no le hubiera ocul-

tado, es digna de la mayor publicidad posible, y por esta razón me apresuro á reproducirla:

I. H. S.

OBJETO DE LA SANTA MISIÓN

Queridos hermanos en Jesucristo: Los fervientes católicos de esta amada ciudad de Orense sufrían en estos últimos tiempos amargas tribulaciones, ocasionadas por los rudos ataques de los impíos dirigidos á nuestra sacrosanta religión, y por la poca firmeza de la fe, que es base indestructible de la felicidad en la Tierra y de la bienaventuranza eterna allá en el Cielo.

Las horribles doctrinas de los que afirman que no existe para el hombre dicha real y positiva fuera de la que él mismo puede proporcionarse con la instrucción, la moral y el trabajo; las soberbias declamaciones de la moderna civilización, que pretende asombrarnos con algunas mezquinas conquistas científicas que, cuando más, redundan sólo en bienestar y prosperidad material, apartándonos, en cambio, de la gracia; las malvadas sugerencias empleadas por los sectarios del positivismo para persuadirnos á que empleéis los bienes terrenales, caducos y perecederos, en la educación y porvenir de vuestras familias, y en las atenciones de esta miserable existencia humana, y no en adquirir con ellos la eterna salvación, por virtud de las ofrendas, misas y fundaciones piadosas; en fin, tanto error y tanta impiedad como cunde y se extiende más y más cada día entre nosotros, con grande alarma y grave perjuicio de la Iglesia, y sobre todo de sus apóstoles, que ven con pena alejarse á los fieles de los templos y escasear las monedas en los cepillos, necesitaban un pronto y fuerte correctivo. Era preciso avivar la amortiguada antorcha de la fe, ante cuyos fulgurantes resplandores se oscurecen y ofuscan las más claras inteligencias.

Tan laudable y sano propósito es el que viene á realizar con sus predicaciones y piadosos ejercicios la Santa Misión.

Dos varones humildes, aunque, según se afirma, ilustrados, con abnegación sublime han emprendido la penosa tarea de regeneraros, de inclinarnos á que, renunciando á la guerra con Dios—guerra cuya posibilidad no aciertan á comprender los impíos,—hagáis con El las paces; de imbuiros lo conveniente que os es hacer algunos sacrificios, que ellos saben aplicar satisfactoriamente, para que lluevan sobre vosotros los secretos efluvios de la gracia. Ciertamente esos sacrificios mermarán los recursos que debéis destinar á satisfacer vuestras necesidades sociales, pero en cambio os aseguran por toda una eternidad la dicha incomparable de disfrutar de las armonías, cánticos y demás músicas celestiales que para los fervorosos creyentes están en la otra vida preparados.

¿Pero de dónde vienen esos hombres que así inmolan su reposo y tranquilidad en bien de vuestras almas, cuya salvación tanto les preocupa? Ellos mismos os lo han dicho: son embajadores del mismísimo Jesucristo, soldados de su célebre Compañía que ha sabido defender la doctrina católica de los envites de herejes, protestantes, judíos y demás familia heterodoxa.

¡Son jesuitas!

Bien venidos seáis, preclaros hijos de Ignacio de Loyola, que traéis la alta embajada de mantenernos en nuestra santa ignorancia, y de mover nuestros corazones á justa ira para confundir á los enemigos de la iglesia; bien venidos seáis á explicar vuestras saludables doctrinas á los niños, enseñando á esas pobres almas la delación pública de las faltas de sus padres terrenales, á la mayor gloria de Dios, su padre espiritual que está en el Cielo; á convertir con los sublimes artificios de vuestra oratoria á los que no creen en la celestial representación que traéis, por la misma razón que entienden perfectamente los fenómenos físicos que con ampulosidad y misterio aducís en testimonio de las verdades teológicas, y que ellos dicen se explican en los Institutos; á anonadar á esos miserables hombrucillos que se dicen discípulos de tantos filósofos y sabios, cuando sólo á vosotros cabe la honra de haberlos anatematizado piadosamente á la hoguera, sin embargo de aprovecharos después de sus descubrimientos; bien venidos seáis, esforzados soldados de la Milicia de Cristo, firmísimo sostén del Pontificado, que venís á encender nuestra sangre en el divino amor y hacerla derramar si es preciso—son vuestras palabras,—como hicieron derramar vuestros predecesores la de aquellos cien mil herejes la noche de San Bartolomé, en holocausto y gloria de Aquél que lleno de bondad decía: *Amad á vuestros enemigos*; á derramarla, sí, la de estos viles gusanos en defensa de la Omnipotencia Suprema; á hacernos servir de instrumento de la ira celestial que exterminará á los que por ahí propalan que os permitís discutir á Dios en la cátedra sagrada, cuando en ella enseñáis que Dios es indiscutible, y á anonadar y confundir á los enemigos de la familia y del altar que os imputan el asesinato de Enrique IV; que achacan á vuestros ocultos manejos las guerras religiosas, la abominable conspiración de la pólvora, y os atribuyen mil horribles crímenes; á los que combaten vuestra sabia doctrina del probabilismo; á los que niegan la equidad de vuestro sistema de la compensación secreta, y, en fin, aplicándoos los calumniosos calificativos de conspiradores, ambiciosos, falsos, hipócritas y perturbadores de la paz pública, han conseguido que os expulsaran ignominiosamente de China en 1616, de Francia en 1596, de Holanda en 1622, de Portugal en 1759, de Francia otra vez en 1764, de España y Chile en 1767, de Italia en 1768; que fueseis suprimidos y arrojados del mundo católico por el Papa Clemente XIV, según la bula *Dominus ac Redemptor* de 1773, y que, vueltos á aparecer, volvieron á arrojarlos de los citados y de otros diversos países.

Bien es verdad que, á pesar de todo esto, en vuestra

abnegación de salvar las almas y con el valor que presta á vuestros pechos el divino amor al sagrado corazón de Jesús, que es una de las muchas y utilísimas invenciones que os debe la Humanidad, estáis hoy entre nosotros arrostrando los peligros que pudiera acarrearos el decreto de 1835, aún vigente, que os prohíbe la entrada en España, y que podría seros funesto si, lo que Dios no permita, desapareciesen los que os toleran y aun apoyan en esta nación para nuestro bien y vuestra prosperidad.

Mas vosotros pasáis con la vista baja por encima de tan groseras calumnias; vosotros, dignos imitadores del que enseñaba que su Reino no era de este mundo, trocáis oraciones y limpiáis pecados, sirviendo de albañal á la conciencia de los pobres pecadores, á cambio de vil metal acuñado ó billetes de Banco—que en vuestra magnanimidad todo lo admitís,—proporcionando por este medio fácil acceso á la creyente grey por el camino que conduce á las celestiales regiones, que de una manera tan voluptuosa como edificante describe vuestro compañero Enriquez en sus *Ocupaciones de los Santos*, capítulo 73.

Pero ¿creéis que la Santa Misión no tiene más fin que el de poner un fuerte dique á la impiedad, á la influencia perniciosa de la filosofía moderna y al sentido común; de levantar una barrera insuperable á los esfuerzos de la razón humana (donde precioso que ha concedido Dios al hombre para colocarle por encima de todos los seres creados, como dicen los racionalistas), que es menester atrofiar á toda costa si ha de mantenerse la benéfica influencia de la Iglesia Católica, bastante malparada á pesar de los esfuerzos y sabias predicaciones de tantos párrocos, canónigos y prelados, pero que, sin embargo de sus profundos conocimientos en sagradas letras y moral católica, carecen de la astuta elocuencia, sutil diplomacia é inimitable habilidad, gracejo y acomodamiento que caracterizan á los atildados secretarios de Loyola? No, carísimos hermanos, no.

Otro es el fin, mucho más elevado, trascendental y reproductivo de la Santa Misión, cual es, el de reclutar entre los mansos, los pobres de espíritu y demás bienaventurados, miembros dóciles para la grande y última invención jesuítica: para el *Apostolado de la Oración*.

A esta sublime asociación podréis pertenecer mediante la cuota de una peseta en adelante, en la inteligencia de que el fervoroso ardor de vuestra fe será medido por la importancia de la ofrenda. Así, pues, *dad y no os canséis de dar* el producto de vuestro trabajo honrado, el fruto de vuestras economías y de los sacrificios y privaciones que os habéis impuesto, para asegurar el porvenir de vuestras familias. No vaciléis en entregar á los administradores de tan ingeniosa asociación todo cuanto podáis, pues será destinado á crearos otros bienes imperecederos allá en lo alto, y podréis decir llenos de satisfacción y gozo: *Si buenos cuartos me cuesta, gran beatitud me espera*. Amén.

Si en todos los puntos adonde van por cuartos estos pajarracos de mal agüero, les saliese un cazador tan experto como en Orense, á buen seguro que abandonan sus nidos.

Tiene miga, intención y salero la tal hojita, que se repartió hasta en las sacristías con mal disimulado gozo de los presbíteros, que son los primeros á quienes revientan los frailes, quitándoles el pan, la influencia, y haciendo ver á los feligreses que no sirven para nada, en el hecho de tener ellos que ir á encarrillarles las ovejas perdidas.

Si algún amigo sabe el nombre del autor de la hoja, que me lo diga, pues yo guardaré el secreto si á él le interesa guardarlo.

Porque tendría gusto en admirar á persona tan ilustrada, sin exponerme á una equivocación.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

En la mañana del domingo 5 del corriente hallábanse frente á la puerta de la iglesia de San Gil, de Zaragoza, varios jóvenes devotos... de las devotas guapas que á dicha iglesia concurren, y parece ser que se entretenían en requiebrarlas, con gran envidia de algunos beatos que desde el templo oían los chicoleos.

Uno de estos católicos, joven berrendo en carlista, salió mugiendo del templo, y encarándose con un grupo de galanteadores, más quemado que un cura cuando bautiza á un chico de limosna, soltó la siguiente piadosa arenga: «¡Si hay alguno que quiera quitarse la vida conmigo, que salga! No puedo tolerar que así se profane nuestra santa religión. Si hubiera muchos como yo, no estaría tan por los suelos.»

¡Así me gusta, joven pundonoroso y valiente! Tienes razón. ¡Ah, si hubiera muchos como tú! Entonces formaríais una partida... ¿qué digo? una legión; empuñaríais las armas, marchando á sangre y fuego contra el liberalismo impío, y por do quiera que pasaseis, á imitación de Atila (aunque por distinto concepto), no quedaría rastro de hierba que lo contase.

¡Lástima grande que aquellos maleantes jóvenes no comprendiesen toda la enormidad de tu heroísmo, y te dieran aquella estupenda silba que te obligó á retroceder más que á paso á la iglesia!

¡Despréciosos! Cegados por la impiedad, les gustan las hembras bonitas, y, como el maldicho Satanás los alienta, la serpiente del Paraíso silba por sus endemoniadas bocas.

Señora superiora del Colegio de San Luis de los Franceses:

Me dicen que en el Colegio á su cargo están expuestas las alumnas á perder la salud, sobre todo las del piso tercero, por no consentirles llevar suficiente abrigo.

Que los sábados obligan á todas las alumnas á llevar una limosna, de cinco céntimos en adelante, según la posición y caridad de las familias, para socorrer á los pobres... con dinero ajeno.

Que los domingos hacen ir á las niñas á misa con las profesoras, y llevar diez céntimos para alquilar una silla (en otras iglesias se alquilan por cinco); siendo lo particular del caso que, si alguna falta, al día siguiente tiene que abonar los diez céntimos, como si efectivamente hubiese ocupado la silla.

Que castigan á algunas alumnas poniéndolas de rodillas sobre un cuadrado unos cuantos minutos.

Y que ahora, con la proximidad de las Pascuas, advierten á las alumnas que, si piensan regalarles algo, sea tal ó cual cosa. Esto, sin saber aún si sus familias han decidido obsequiarlas.

Si esto es cierto, en todo ó en parte, no me cabe duda, señora superiora, de que se hace sin conocimiento de usted, y por lo tanto me permito rogarle que lo averigüe y ponga el remedio que la transgresión reclame.

En Murcia andan los clérigos amilanados, confusos y llenos de pánico, en vista de que el Ayuntamiento ha construido una necrópolis.

Como á la fuerza ahorcan, los pobrecitos acatan el acuerdo municipal, pero en compensación exigen que se les dé una exorbitante participación en los ingresos del nuevo cementerio.

Para evitar estos obstáculos, se ofrecen mil soluciones. De las muchas que pudiera citar, mencionaré una del ilustre escritor belga que, con el nombre de *Dom Jacobus*, ha dado á luz muchas é importantes obras.

«El cementerio ha de ser oficial y costado por la nación. Todos los ciudadanos, sea cual fuere su religión, tienen en él idénticos derechos. El Estado está en el deber de prestar á cada ciudadano el último tributo fúnebre. Después, que los allegados le erijan, si gustan, un mausoleo, adornándole como les plazca, sea con la cruz, con la media luna, ó con el triángulo equilátero.»

Esto es lo equitativo y lo justo, y lo racional, y á que esto se realice debemos contribuir todos con nuestras predicaciones, y más aún con el ejemplo.

Adivina, adivinanza:

¿En qué convento de Madrid entró una monja que, según parece, se llamaba en el siglo Higinia, llevando cinco mil duros al convento, muebles nuevos, ídem viejos, y un piano?

Para que acertéis más fácilmente, os diré que tiene un padre anciano de ochenta y siete años, sumido en la miseria, y que, cuantas veces se han acercado algunos parientes al convento para exponerla el triste estado del que la dió el ser, ella, aconsejada por las otras monjas, ha dicho que Dios es lo primero. ¿No lo acertáis aún? Os daré más detalles.

La tal monja se permitía el exceso de enviar á su padre seis duros mensuales, cuya asignación ha suspendido desde que el confesor, mirando por los intereses de la casa santa, le dijo que no le diese un céntimo, porque era para gastarlo de mala manera. ¿Acertáis ahora á qué convento me refiero?

—¿Será el de...?—No es ése.

—¿El de...?—Tampoco.

—¿El de las Mercedes, calle de Bravo Murillo?—Menos, pero cerca le anda.

Si yo fuera cura, imitaría al pie de la letra la conducta del de Siquero.

No admitiría en mi casa como criadas sino á las muchachas de buen palmito, y no por lo que los maliciosos supondrán, sino por cuestión de estética.

Y no me contentaría con una, sino que tendría tres ó cuatro, formando así un Serrallito (de la castidad, se entiende).

Me expondría, como se expone él, á que á lo mejor se escaparan de casa calumniándome, como las palomas huyen del gavilán, pero sin que esto me hiciera desistir de mi propósito.

Por supuesto, que el tener tanta joven en casa no había de impedirme el convocar á ella por las noches á las jóvenes más bonitas del pueblo, con exclusión de todo varón, y no para rezar ciertamente, sino para jugar, charlar y distraerme.

Y de esta santa manera me pasaría las horas de esta vida miserable cuando las ocupaciones del oficio me lo permitieran, despreciando á los miserables que se propasaran á encontrar parecido entre mi fisonomía y la de algunos chiquillos de mis feligresas.

En fin, que estaría hecho un prócer, mientras que ahora...

No quiero ni pensarlo.

De *El Pacto*, querido colega de Sevilla:

«Y ya tenemos otra vez en campaña al padre Pozo, Noria, Pilon ó como se llame, del Arahál.

«Negóse el hombre con tan buenos modos á enterrar á un pobre por caridad, que el que fué con la papeleta del Juzgado se creyó trasladado á Cafrería al oír las discretas palabras que el sandunguero Pilon pronunciaba mientras rompía la papeleta.

«Pero por fin aquello se arregló, como lo de Caparrotta: lo que no se ha podido arreglar todavía son los cardenales que hizo á los muchachos, con la vara que llevaba escondida bajo la sotana, durante los ejercicios bélico-piadosos de que hablamos el otro día, ni los insultos que dirigía á los pollitos arahaleños que se entretenían en ver pasar las pollas y gallinas rosarieras del corralito en que gallea Pilon.

«También me refieren que, hallándose un día en la calle con los trastos de matar, le avisaron para que diese á otro la puntilla, y él contestó que no quería hacerlo, con toda la finura y delicadeza que propios y extraños le reconocen.

«Lo cual que al enfermo creo que no le importó un rábano.»

Buen ejemplar de la especie *parroquidérmica*, y propio para sacar agua de los primeros apellidos que *El Pacto* le cuelga y bebérsela en el tercero.

Aranzazu significa en vasconcello *gentre espinas tú?*, y el pueblo que lleva ese nombre lo debe á que la Virgen se apareció en un espino.

A esa Virgen acaban de acudir á contarle sus cuitas la friolera de seis mil carlistas de mayor y menor cuantía, y de seguro le han pedido por la libertad del Papa, que no está preso; la propagación de la fe católica, que no existe; la paz y concordia entre los príncipes cristianos, que apenas hay; y la victoria en la primera guerra que promueva el *curdófilo* y libertino Chapa.

Hasta ahora no tengo noticia de que la Virgen les haya contestado una palabra; mas tengo la seguridad de que los curas les harán creer que ha escuchado amorosa sus humanitarias súplicas, y les sacarán unos cuartos á cuenta de los favores que les haga en su día.

Que es lo que se trata de demostrar en todos los asuntos religiosos.

Ya hacía tiempo que no nos poníamos al habla, hermoso Gervasio, vecino y *parrocán* de la Felguera.

¿Qué diablos has hecho, que tienes alborotado el rebaño de Hijas de María, habiendo estado en un tris que su pastora y presidenta no te santiguase la clerical jeta con sus rosadas manitas?

Comprendo que tuvieras interés en que cantase en la misa de la Concepción la Hija de María á quien distingues con tu intimidad (platónica), pero no el que insistieras después de la oposición tan marcada de todas las del gremio.

Puede el hombre, y aun el cura, tener sus preferencias, sus simpatías y hasta sus debilida-

des por determinadas personas del sexo contrario; pero hay que precaverse contra el *qué dirán*, y obrar con gran cautela y mucho *pesqui*.

De lo contrario se expone, como á ti te ha sucedido, á que las gentes vean tocinos donde tal vez no haya ni estacas.

Pensando piadosamente.

¿Con qué derecho, jóvenes de Oviedo, os permitís ir á la iglesia á echar un vistazo á las *Hijas de María* cuando están celebrando su *juerga* de á nueve días, como pudieran celebrarla de á nueve meses? ¿O no sabéis que el cura las tiene bajo su patronato?

Bien os lo dió á entender así el digno monaguillo que vigila los derechos del *pater* con el mismo celo que si propios fueran, cuando, lleno de santa indignación al veros ojeando el rebaño de que él es zagal, arremangóse la sotanilla y dirigiéndose á vosotros os apostrofó con vehemencia, soltando *la mar* de acolitescas desvergüenzas por su boquita, y echándose á la calle en busca de una pareja de guardias.

Guardias que lo metieron en *chirona* por decir lo que no era, para escarmiento de monaguillos irascibles que se atreven á todo, porque tienen, ó creen tener, el padre cura.

Prudencia en adelante, jóvenes de Oviedo, y no tengáis la pretensión de agradar á las chicas en quien un cura haya puesto los ojos, pues podríais salir con las manos en la frente.

Copio de *La Montaña*, de Manresa:

«Coméntase la conquista que ciertos frailes verificaron en la persona de un joven poseedor de una respetable cantidad, quien estaba á punto de ser embarcado por mandato de la comunidad; pero, en vista de que no había querido desprenderse todavía de la fuerte suma que poseía y de ciertos documentos que le hacían dueño de ciertas propiedades, no se atrevieron á dar cumplimiento á sus deseos.

«Este joven, que hoy se halla en esta localidad, cuenta algunas escenas que ha presenciado con sus propios ojos, las cuales no nos atrevemos á publicar, por ser cuestión de faldas y hallarse gravemente comprometida en el asunto una distinguida señora que goza entre sus conciudadanos de grande y aparente reputación.»

Lo de siempre. El dinero y las faldas desempeñando los papeles de protagonistas en todos los dramas clericales.

Jamás varía en ellos el argumento, y el final siempre es el mismo; solamente se diferencian unos de otros en la distribución de las escenas.

Un oficioso y desocupado caballero de Monforte se entretuvo días pasados en indagar los nombres de la persona ó personas que envían noticias á *El Morín* desde aquel punto.

No sé el fruto que habrá sacado de sus investigaciones, pero parece ser que apuntó en un librito los nombres de tres caballeros, vecinos de dicha localidad.

Sentiríamos que se hubiese equivocado y que le sirviesen sus apuntes para calumniar á quien no tenga nada que ver en el asunto y le sienta la mano. En cuanto á los verdaderos correspondientes, se les importa un comino de la curiosidad del *caballero del libro*, y nos autorizan para publicar sus nombres, oferta que agradecemos, pero que no utilizamos por no privar al curioso investigador del atractivo que lo desconocido debe tener para él, cuando tan simplemente pierde el tiempo.

Los *carcas* de Amurrio celebraron el 4 de Noviembre el Santo del caballero del Toisón, con una *juerga mística* por todo lo alto.

Cantaron javeras sacras, y aprovecharon la ocasión para demostrar su gratitud al Dios de los ejércitos carlistas por haber evitado que *Chapita* largase los últimos *jiplos*. Después celebraron un banquete con visos de *jumera*, y á vivir tropa.

Me he encontrado trasapelada esta *florecita*, y la he incluido en el *manejo* á pesar de su ancianidad, para que se vea cómo el espíritu *carca* se reanima á favor de la tolerancia que le dispensa el Gobierno y la savia que le prestan las órdenes religiosas.

Ferreiro, cura de Sarria (Lugo). ¡Que sea enhorabuena!

Me dicen que te has trabajado 83 reales por una boda, aunque los contrayentes eran pobres. Has hecho muy bien. ¿Para qué se apellida Espartero la consorte?

También me dicen que te chupas el sueldo de tres ó cuatro curatos, ítem el tuyo de capellán castrense, cosa que no puede ser; pero, aun siendo, ¿qué le importaría á nadie?

Me parece que te quieren tomar el pelo inventando calumnias, cuando á la vez me aseguran que has despedido á tu ama, después de diez y ocho años de buenos y variados servicios, para reemplazarla con otra más joven.

Si quieres rectificar estas groseras calumnias, aquí me tienes á mí. Ya sabes que te aprecio, mientras vayas por el buen camino.

¿Qué querían ustedes que hiciese el saltatumbas de Santiuste (Segovia), al ir á enterrar un cadáver y ver que tenía tapada la cara con un periódico impío?

Lo que hizo; cogerle y arrojarle, diciendo: «Fucra ese papelucho inmundo.» Me parece que no podía decir menos, dado el berrinche que pescó.

Bien mirada la cosa, no anduvieron muy acertados los libre-pensadores de dicho pueblo, porque si en él existe cementerio civil, civilmente debieron hacer el sepelio; y en caso de no haberlo, pudieron haber prescindido de los servicios del cura.

Esto es lo práctico. Lo demás no deja de ser una travesura más ó menos graciosa.

No sé cómo se las arreglan ciertas personas, que todo lo ven, todo lo oyen, todo lo escudriñan y todo lo saben.

Una de la especie ha llegado á averiguar que un reverendo pater de esta corte aconsejó á una muchacha de veintiún abríles, llamada Margarita R., que se quitase el hábito que por voto vestía, pues confesándose con él bisemanalmente, era lo mismo que cumplir la promesa.

El padre de la joven, á quien no le gustaron estas conmutaciones, prohibió terminantemente á su hija que volviera á confesarse con el aprovechado clérigo; prohibición que debió hacer extensiva á todos los demás, porque cuál más, cuál menos, todos son de la misma madera.

Manolo, beneficiado de la Magdalena (suplo iglesia) de Zaragoza.

Aunque te apellides Salinas, no tienes un adarme de sal en tu cacumen huero. ¡Porque mira que se necesita ser torpe, para preguntar si era mantilla ó pañuelo lo que la madrina de un bautizo llevaba en la cabeza!

En lo que ya no demostraste torpeza, sino mala educación, fué en empezar á tirarle de ella, á pretexto de que es obligatorio en las mdrinas el llevar mantilla á los bautizos.

No vuelvas á meter la pata de ese modo, pues sólo conseguirás que tus feligreses se echen á reír á todo trapo, con gran detrimento de la formalidad que para remojar á un *chiclán* se necesita.

Andan pidiendo limosna por Manresa dos frailes carmelitas, jóvenes, amables y muy guapos, según la competente opinión de las beatas manresanas.

Hasta ahora no se sabe para qué convento piden, ni si son frailes auténticos; pero, dado que lo sean, ya sabe el prior que los envía dónde le aprieta la sandalia, porque sigue el procedimiento que se usa en las comparsas de Carnaval, escogiendo para postulantes los más guapos, los más pelmas y los que tienen más cara de fiar. Esta última cualidad suele dar *la mar de timos*, en los frailes sobre todo.

Lo que debe hacer algún manresano aficionado á la estadística, es empezar á contar tres trimestres desde el día que entraron los frailes, y sacar luego las consecuencias.

¿Que el padre de almas de Miguelturna ha sido echado del pueblo por ataques al pudor?

No lo creo, aunque lo veo impreso en letras de molde en un periódico.

Y es más, si fuera cierto, censuraría con todas las veras de mi alma á los católicos de Miguelturna por su descabellada determinación.

¿No advierten que, si dieran en imitarlos en todos los pueblos, antes de ocho días no se encontraba un *barrena* para un remedio?

¿O es que tienen la pretensión de gozar curas humildes, desinteresados y castos? ¡Sí, para ellos están! Ni para nadie tampoco.

El que quiera curas, tiene que tomarlos como son.

Muchas veces he dicho que, andando el tiempo, las *juergas* religiosas se anunciarían por carteles y programas, como las funciones teatrales; pero me he quedado corto, pues ya se anuncian como las corridas de toros.

En Plasencia (Cáceres) participan los *curianas* una de abono á beneficio de las ánimas, y dicen:

«En la mañana del día 2 de Noviembre próximo, después de horas canónicas (si el tiempo lo permite), se cantará en la iglesia de SANTA TERESA la Vigilia de Difuntos, y se celebrará Misa de Requiem.»

¿Cantar si el tiempo lo permite? Es de lo más flamencamente clerical que he oído en mi vida.

Sólo faltaba ya haber puesto el nombre (con el alias) de cada *cantaor* de peteneras místicas. ¿Cuando digo que son deliciosos!

En las obras de excavación que se están practicando en el convento de San Bartolomé en San Sebastián, ha ocurrido un hundimiento, pereciendo magullados entre los escombros dos trabajadores de sesenta años, casados y con hijos.

Unas veces con desgracias parecidas, otras con hundimientos, otras con incendios y otras muchas con rayos, la voluntad de Dios no puede expresarse más claramente contra la edificación de iglesias y conventos.

¿A que no señalan los frailes una pensión á las desvalidas familias de esos desgraciados obreros, muertos al prepararles su casa industrial? ¿Qué apostamos?

Copio de *El Ciclón*, periódico de la católica ciudad de Santiago de Compostela:

«Problema desde el número próximo empezaremos á publicar en nuestro semanario una interesantísima historia sobre ciertas irregularidades de bulto llevadas á cabo en instituciones religiosas por personas eclesiásticas.

«Tenemos documentos importantes que nos proporcionarán tela para mangas de género superior, que ya podemos adelantar valen un Perú.»

¡Oh Tiempo! ¡Apresura tu vertiginosa carrera para que pase pronto la semana que ha de tardar el colega en darnos cuenta de ese nuevo rasgo de virtud cristiana!

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El cuaderno 25 de la obra de Enrique Jaramillo, titulada *Diccionario Biográfico, Geográfico, Estadístico y de la Lengua Española*, que acabamos de recibir, es tan interesante como todos los que van publicados de este utilísimo libro, que contiene las biografías de los hombres que se distinguen ó se han distinguido en cualquiera de los ramos del saber, la Geografía universal, la Estadística de la mayor parte del mundo, el Diccionario de la Lengua española, ampliado considerablemente con multitud de voces, disposiciones, leyes vigentes, descripciones de Historia, de Zoología, de Botánica, de Medicina, etc., etc., y con cuanto es necesario conocer para el ejercicio de cualquier facultad.

El precio de cada entrega de ocho páginas (32 columnas) en folio, con tipos pequeños y esmeradas cubiertas, es el de *veinticinco céntimos de peseta* en Madrid, *treinta* en provincias y *treinta y cinco* en Ultramar y el Extranjero.

Se suscribe en Madrid, en la Administración del periódico *El Crédito Público*, Paseo del Prado, 30, principal, derecha, y en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6.

Paulina.—Pascual Bruno, por Alejandro Dumas.

El Cosmos Editorial se ha propuesto dar á conocer á sus constantes favorecedores las obras más importantes de los mejores novelistas contemporáneos.

Paulina es un drama de familia, patético, interesante; es, además, un estudio profundo del corazón humano, un cuadro de costumbres de la alta sociedad parisense. No puede el lector menos de conmoverse al leer Paulina.

na, pues en cada página hay algo que excita las fibras del corazón.

No es menos interesante, aunque de un género bien distinto, *Pascual Bruno*, donde el autor pinta, con ese claro oscuro que ha hecho su fama imperecedera, la vida y milagros de uno de los más afamados bandidos napolitanos de principios del siglo.

Estas dos novelas, que forman un tomo, se hallan de venta en *El Cosmos Editorial*, Montera, 21, Madrid, y en las principales librerías de España y América, al precio de *tres pesetas*.

La Sonámbula. (El Hombre de las figuras de cera.)—Madrid.—Imprenta Popular, á cargo de Tomás Rey.—Plaza del Dos de Mayo, núm. 4.

Al precio de *dos pesetas* acaba de ponerse á la venta esta interesantísima novela del fecundo y renombrado escritor Xavier de Montépin.

Está impresa con sumo gusto.

Adúltera y Parricida, leyenda histórico-contemporánea en verso, por Eusebio Freixa y Rabasó.—Tercera edición.—Precio una peseta cincuenta céntimos.

Relación interesante y conmovedora, escrita en versos fáciles y en variedad de metros, formando un tomo de ciento cincuenta y ocho páginas.

De venta en las principales librerías. Los pedidos á su autor, San Bruno, 1, principal izquierda.

Reflejos de Fray Candil, por Emilio Bobadilla, con una carta de Emilia Pardo Bazán y un juicio de Antonio Escobar.—Habana, Propaganda Literaria, Zulueta, 28.

Colección de artículos en que el autor revela gran ingenio, soltura en el manejo del idioma castellano, y excelentes condiciones de crítico literario y social.

La casa editorial de Cruz Gómez (Pretil de los Consejos, núm. 3, bajo) ha comenzado á publicar una novela del reputado escritor Sr. Moreno de la Tejera.

Conociendo las dotes de novelista del autor, y sabiendo que la acción se desarrolla en los reinados de Carlos I y Felipe II, desde luego aseguramos que la obra ha de tener gran interés.

Se publicará por cuadernos de 32 páginas en 4.º, con láminas, y el precio de cada uno será el de *veinticinco céntimos de peseta*.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de tres pesetas.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN

PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías.

Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones, y los que tengan derecho al ALMANAQUE, y no lo hayan recibido antes del día 15 del actual, se servirán pasar aviso.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE
EL MOTÍN

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Citador), escrito en francés por Pigaul-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manejos de flores místicas* publicados por EL MOTÍN.—Cuatro partes á peseta cada una.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLÍAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sue. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

MADRID: 1886.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY
4 — Plaza del Dos de Mayo — 4